

desto manantial que se desliza entre las plantas y zarzales del angosto cementerio, y que baña la base de los sepulcros de los khans. Hemos dicho ya cuál era el sitio del cementerio, y hablado de sus dos rotondas cubiertas por vastas cúpulas. Bajo esos cimborios están alineadas las sepulturas de algunos soberanos, y están asimismo sus mujeres. Todas las sepulturas tienen la forma de un ataúd: hácia la cabeza se levanta una piedra, cuyo extremo está esculpido en forma de turbante, y algunas veces el mismo turbante del soberano, corona con sus harapos la piedra sepulcral. Las tumbas de las mujeres se distinguen por la escultura particular del gorro, el cual se parece mucho al que llevan en Francia los abogados. Detras de esos sepulcros se presenta un recinto, cubierto de una vegetacion lozana, en donde se ven muchos sepulcros de mármol blanco sembrados de relieves. La guerra, al asolar la Crimea, profanó algunos de ellos; mas esas profanaciones fueron reprimidas, el respeto á los muertos pudo más que la ira de los vencedores, y el silencio y el recogimiento cobijaron otra vez ese último asilo de los señores de la Crimea.

Hácia la tarde del 17 de Agosto vino á habitar el palacio otra comitiva de visitantes. En efecto, salieron de Odesa para hacer una corta romería,

hasta esos atractivos sitios, cuatro personas, entre las cuales habia una señora jóven. Reunímonos con ellos para visitar la grande mezquita del palacio. Entramos por el lado que da vista al camino público, y de pronto cautivó nuestros ojos la elegante fuente puesta en medio de una estancia abovedada. El agua que cae en girándola en una vasta concha se escapa en delgados hilos por una multitud de aberturas, de suerte que veinte fieles á la vez pueden hacer sus ablusiones religiosas. Se entra en seguida en un grande vestíbulo, y desde él á la mezquita, edificio muy vasto, en el cual dejan penetrar una luz misteriosa algunas ventanas con hermosos cristales azules. El pavimento está cubierto de alfombras y esterillas. Enfrente de la puerta hay un nicho circular metido en la pared y cargado de esculturas de piedra: allí está el santuario, lugar santo por excelencia. En medio de la nave cuelga una grande araña, cuyos brazos de madera formando triángulos se cruzan de modo que presentan una estrella de diez y seis puntas, cada una de las cuales sostiene una pequeña lámpara de que penden grandes borlas de seda. Allí no hay asientos, ni casi adornos, sino algunos libros y buen número de cirios de diámetro enorme y pintados de colores vivos. Mientras contemplábamos ese interior sencillo

y sin embargo imponente, puesto que lo es todo monumento religioso, la voz aguda y monótona del muezin ó muselim llamaba á los creyentes á la oracion. Los minaretes contienen en su angosto diámetro una escalera oscura por la cual se desliza el voceador, quien no ve la luz hasta llegar á una abertura practicada en la plataforma que vuela. Cuando los cantos que llamaban á los fieles hubieron resonado en los cuatro puntos cardinales, vimos llegar á los musulmanes precedidos del mullah: encendiéronse los cirios, y sin ocuparse los fieles de nuestra profana asistencia, se colocaron en línea, de la cual solo el mullah estaba separado dando la cara al nicho, y comenzaron la oracion del Nhamaz.

Los devotos, entre los cuales vimos muchos had-gys con turbante blanco, distintivo de los peregrinos de la Meca, despues de haberse llevado las manos á las orejas empezaron una larga serie de genuflexiones y postramientos ejecutados con una precision verdaderamente mecánica: solo el mullah murmuraba algunas oraciones mezcladas de cuando en cuando con la fórmula: *Allah ek bess, Allah Kherim*. Dios es grande, Dios es misericordioso, que pronunciaba con voz inteligible. Es ocioso decir que la cohorte habia dejado en las alfombras del vestíbulo una larga serie de babuchas, con las cua-

les se mezcló respetuosamente nuestro calzado occidental.

La mañana del dia siguiente fué destinada á un interesante paseo. Aunque habiamos pedido caballos para muy temprano llegaron á las ocho, segun la perenne costumbre, contra la cual era inútil irritarse; mas esa espera la aprovechamos para hacer otra visita al palacio y entramos en las habitaciones del primer piso, en donde se despliega el mismo lujo deslumbrador, en todos los pormenores de la vida íntima. Los cuartos destinados á recibir en su próximo viaje á sus majestades el emperador y la emperatriz ostentaban una elegancia y riqueza indescribibles. En todas partes brillaban preciosos vasos llenos de flores, globos de cristal en que coleaban peces rojos. Las suntuosas alfombras y las esterillas delicadamente entretejidas que cubrian el suelo no han de sufrir el contacto del calzado, porque al igual de lo que sucede en la mezquita, el de los visitantes se queda en la puerta. En medio de todo hemos de hacer notar al lector que se engañaría mucho si creyera que las mansiones de los monarcas orientales son comparables á la grandeza de nuestros palacios reales del resto de Europa, pues las habitaciones de Baghtcheh-Sarai como las de todos los sarais de Oriente tienen proporciones exi-

guas. Tal es tambien el carácter de este rico palacio, mas le distingue de los demas el delicado gusto y la perfeccion de sus innumerables pormenores, que encantaria los ojos aun cuando se repitiera cien veces la visita.

Finalmente, relinchaban en el patio los caballos tártaros, entre los cuales estaba destinado para la señora estrangera llegada el dia antes, uno muy bello con una rica silla roja y una linda mantilla. Nuestra cabalgata mas considerable, que en los dias anteriores, tomó el camino de Tchiufut-Galeh, Fuerte de los judíos, segun llaman á la pequeña ciudad de los Karaims, única en el mundo que pertenece esclusivamente á los israelitas: mezquina parodia de Sion, capital desterrada en la cima de una peña y construida para este pueblo, que reputa toda la tierra como un desierto.

Por una larga y miserable calle se sale del desfiladero de Baghtcheh-Sarai, y al llegar al extremo de la ciudad se encuentra otra ciudad nueva sin nombre, como no le tiene el pueblo que la habita. Solo figurándose la mas estraña barahunda de salvajes medio vestidos que moran en cavernas ó inmundos agujeros abiertos por la naturaleza ó por el arte en los lados de esas grandes rocas que circuyen el valle, se podrá formar idea de lo que es

aquello. Una numerosa tribu de gitanos ha encontrado esas habitaciones hechas, y la pereza natural á ese pueblo se halla muy bien con ese modo de vivir propio de trogloditas. Aquella es la capital en donde se ostenta toda la miseria de ese pueblo especialmente miserable. Por todas partes se ven los asquerosos harapos que cubren las peñas, el azulado humo que sube por el inmenso muro de las montañas y los rotos utensilios de esa triste comunidad de párias. Al ruido de los caballos salen brincando de sus conejeras, como monos, muchachos negros y flacos, y mujeres descarnadas que tienden las manos con contorsiones y gritos inarticulados: triste espectáculo de la degradacion humana; y sin embargo hasta en ese lugar se notan no sin admiracion, algunos tipos de la belleza asiática cual los observamos en Valaquia, hermosas jóvenes que medio cubiertas de andrajos, caminan con la majestad de las reinas de teatro, mozos de apostura atrevida con miradas de ave de rapiña, y cuyo hermoso y brillante cabello adorna el puro contorno de su rostro. Mas esos bellos restos de una raza embrutecida se van diariamente desvaneciendo, y el viajero que ha cruzado ese valle no lleva consigo mas que un profundo disgusto á la vista de abyeccion tan espantosa.

Bien luego cambia la escena: al punto en que se deja el curso del Djuruk-Sarai y se comienza á subir para salir del valle de Baghtcheh-Sarai, se encuentra á la derecha una masa de peñas simétricamente dispuestas por la naturaleza como todas las de aquellos alrededores. A cierta altura y en la misma peña ocupan en una grande estension la perpendicular pared de la montaña muchas escavaciones que se comunican entre sí por ligeras galerías exteriores. Eso es el monasterio de la Asuncion adonde se llega por una profunda quebrada. Escalones tajados en la peña unen con el suelo esa mansion aérea, y la estancia mas notable de esa serie de cavernas es una capilla, en la cual el cincel de los cenobitas ha figurado algunas columnas groseras. Habita el convento un sacerdote griego, que todos los años en el dia 15 de Agosto vé concurrir en romería para visitar aquel santuario las poblaciones cristianas de todos los puntos de la Crimea. Segun referian nuestros guías, esas grutas fueron abiertas en una época en que la religion griega era blanco de una terrible persecucion por parte de los musulmanes. Las catacumbas de Roma se pasmarian si supieran esta leyenda.

Ibamos mientras tanto subiendo por un angosto camino abierto en la viva y resbaladiza peña. Dos

fuentes situadas en la pendiente de la montaña proporcionan el agua necesaria á Tchiufut-Galeh, por cuyo motivo todo el dia sube y baja por aquella senda una continua procesion de asnos y mulos cargados con largas y estrechas barricas. Tchiufut-Galeh estaba á muchos centenares de piés sobre nuestras cabezas, y esas casas puestas en el bordo mismo de la peña, dominan de un modo espantoso el árido precipicio. En esa quebrada todo es blanco, todo seco y abrasado; y subiendo por ella y por una cuesta peligrosísima llegamos finalmente á una plataforma encima de la cual se presenta la puerta de la ciudad.

En ese umbral poco armonioso nos aguardaban veinte gitanos armados con sus formidables violines que, unidos á los panderos formaron una discordante milicia. En medio de esa escolta hubimos de recorrer al paso y á manera de triunfadores las angostas calles de la ciudad, cuyo natural pavimento es la desigual peña. Algunos grupos de casuchas y pocos furtivos rostros de mujeres que miran á hurtadillas, constituyen el atractivo de ese paseo, que va á parar á un espacio desnudo, casi aislado por todas partes, gracias á su situacion escarpada que domina verticalmente desde quinientos piés de elevacion el fondo del valle del Djuruk-Su. Allí,

segun nos contaron, los khans hacian criar los ciervos destinados á la caza. Visitada esta curiosidad es preciso detenerse en el romanesco sepulcro de la hija de un khan, cuya vida fué al parecer una verdadera historia árabe llena de incidentes y complicadas maravillas. Cuando no hubo mas que visitar nos dirigimos á la casa del Rabino, que cumple con extraordinaria cortesanía los deberes de la hospitalidad. En todo esto la música no habia cesado un instante, y los ejecutores se perdian aun en el laberinto del compas y del contratiempo, tocando marchas, valeses y quizás baladas, pero todo en un modo uniforme. En medio de esa aturdidora cerrada se perciben no obstante algunos efectos de estraña armonía, como tambien los motivos de la mazurka, de la vienesa y hasta aires franceses, homenaje un poco desfigurado y que se dedicaba á alguno de nosotros. Nos apeamos al llegar á la casa del respetable rabino que salió al umbral de la puerta saludándonos graciosamente al estilo del pais, esto es, con la mano derecha sobre el corazon y despues sobre los labios teniendo la cabeza un poco inclinada. En una pequeña sala bastante baja y toda acolchonada de alfombras y almohadas, habia una mesa de un pié de altura, y cargada con profusion de manjares ligeros, como tortas, dulces,

café y vinos de diferentes clases; de suerte que nada faltaba á ese galante ambigú, cuyos honores hacia con mucho donaire el amo de la casa, sin llevar no obstante cosa alguna á la boca. Estábamos sentados en almohadas en torno de esa redonda mesita, y sujetos con esto á costumbres del todo nuevas para nosotros, mas el huésped no hizo alto en nuestras torpezas que sin duda fueron muchas y quizás enojosas. La benevolencia llegó hasta el punto de introducirnos en la estancia de las mujeres, favor que debimos á la circunstancia de hallarse entre nosotros una persona del bello sexo. Esta condescendencia, sin embargo, parece que causó algun trastorno en el harem rabínico, y se nos rogó que esperáramos un momento. Cualquiera comprenderá el motivo. Cuando entramos las mujeres estaban desprevenidas; una de ellas, que parecia tener veinte años, y cuyo tocado revelaba la favorita se mostró muy intimidada por nuestra vista, y encendiéndosele el rostro retrocedió con una gracia encantadora hasta el alfeizar de una ventana, en donde parecia ampararse bajo la proteccion de dos hermosos niños. Otras dos mujeres, acurrucadas en un rincon y detras de las cortinas no quisieron dejarse ver sino á hurtadillas. El traje de la jóven tenia un corte muy elegante; un vestido de seda rayado